

Esa conciencia se hace cada día más lúcida, más capaz de buscar nuevas formas de vida y expectativas para un mundo mejor. Muchos chilenos, organizados *de diversas formas* en ~~centros de reflexión~~, están preocupados ^{de} ~~de~~ imaginar ese mundo, anticipándose a pensar cómo avanzar hacia él, en paz y solidariamente; y cómo asumir propuestas de acción y conductas individuales y de grupo consecuentes con las expectativas más hondas del pueblo, participando en la configuración de una sociedad válida, que llene de sentido nuestro trabajo.

Es la arquitectura, como obra del pueblo, un quehacer importante en el camino de la redención humana. Cae sobre los arquitectos una parte de la responsabilidad de la construcción de una sociedad donde primen los valores del ser personal y social por sobre los del tener y poseer.

No es esto puramente un sueño, sino que se apoya en la necesidad de pensar que un pueblo, movido por su vocación de trabajo puede crear la riqueza necesaria que, siendo justamente compartida, será suficiente para conquistar una vida digna para todos.

Muchos de nosotros miramos pasivamente lo que acontece a nuestro alrededor. En vez de ello debiéramos pensar, en un esfuerzo colectivo, y asumir la responsabilidad que nos corresponde, y a la cual tenemos derecho, de formar y desarrollar nuestros propios ámbitos de vida, junto a las cosas que amamos, pegados a nuestro paisaje, a nuestro clima y a la más propicia actividad que nace del lugar.

Si los pueblos fueran surgiendo y creciendo de la propia tierra como dones preciados, puestos sobre ella como objetos de los que nunca se supiera si habían sido dispuestos así por la mano de Dios o del hombre, si así ocurriera, entonces lograríamos cambiar la escala de la vida, cambiar la

escala de las obras, humanizar las relaciones sociales, humanizar las construcciones, hacer del trabajo fuente de vida y motivo de la alegría que surge al vivir una vocación. Pensando arquitectónicamente, si los pueblos se generaran en torno a un lugar de trabajo, a una condición del lugar y se desarrollaran y crecieran cotidiana y armónicamente, por el esfuerzo de la comunidad, las obras del pasado y las del presente serían una sola gran obra, aunque hubiesen transcurrido muchos años entre las primeras y las otras.

Así, la creación del patrimonio cultural y arquitectónico, sería un hecho natural en la conciencia del ~~pueblo~~ ^{las gentes,} y un proceso armónico en el desarrollo de la cultura. Las obras surgidas de una propia tecnología y una propia tradición no tendrían que ser defendidas de la picota y de la pala mecánica, porque cada miembro de la comunidad las amaría como a su propia obra, y tendrían siempre vigencia y serían parte integrante de las distintas etapas de la evolución. El patrimonio estaría constituido por todos los bienes de la comunidad que los estaría usando, readecuando, reparando y complementando con nuevas obras, cada vez que el desarrollo lo hiciera necesario.

Para concebir una sociedad así organizada, necesitamos repensar, otra vez, qué queremos para Chile; cómo habremos de frenar el crecimiento de las ciudades para que sean habitables y no se transformen en espacios por donde deambulan muchedumbres solitarias; cómo evitar el hacinamiento de miles y miles de familias en lugares anónimos y territorios sin destino; cómo inculcar el amor a la tierra, al paisaje, a nuestro mar, para construir día a día y paso a paso lugares de vida plenos de belleza y utilidad.

Fundar en el campo un mundo compartido, hermoso y lleno de sentido, para quienes trabajan la tierra y la hacen producir, es una tarea que no estamos cumpliendo y que, sin embargo, estamos llamados a realizar.

Conquistar con nuevos pueblos el mar, asentándonos en las caletas y bahías que se extienden a lo largo de nuestro territorio, para hacer nuestro océano fecundo para la economía, para la vida y para el esparcimiento, es un destino que nos legó la geografía y la historia.

Nuevos tipos de industrias ligadas a esa agricultura y a ese mar, donde las comunidades locales extraigan los frutos del trabajo y los transformen por el propio esfuerzo, serán fuente de recursos y signo de una sociedad y una cultura ^{permanente} renovadas.

Estos postulados no son ni pueden ser una mera especulación. Inciden en lo más vital de una nación: la capacidad del pueblo para ir construyendo libremente su destino. La sola formulación de un proyecto como éste constituye un elogio y una profesión de fe en Chile y en su pueblo.

Pienso que los postulados anteriores, enunciados tan esquemáticamente, nos abren un camino para sugerir cuál pudiera ser la contribución de los arquitectos en este imaginable conjunto de pueblos y ciudades del mañana.

Hasta hoy, hemos sido dominados por una fuerza avasalladora que nos exige resolver los problemas de la gran ciudad, acarreado para ella, con nuestras obras, una creciente sobre-saturación del medio, con las trágicas consecuencias de polución y destrucción del ambiente que nos rodea, desborde del ya desquisiado ir y venir del lugar de vida al de trabajo, carencia de una infraestructura adecuada, y falta del equipamiento necesario para realizar

programas mínimos en salud, educación, trabajo y esparcimiento.

Las soluciones siempre van hoy por dos caminos: mayor concentración urbana y mayor cantidad de vías de alta velocidad que supuestamente sirven para acortar el tiempo y la distancia, sin que cumplan frecuentemente ni siquiera ese cometido.

Ambas propuestas inciden en la ruptura del desenvolvimiento natural del hombre y sus cosas, ^{asi.)} y los avances en la ciencia y la tecnología parecieran no engarzar con la cultura de las grandes masas marginadas.

La cultura es todo aquello que el hombre hace, ligado a si mismo y en vinculación con su medio, en el cumplimiento de sus sueños. No es, por tanto, necesariamente representativo de un desarrollo cultural, la implantación en nuestra tierra de enormes edificios o el aterrizaje de grandes jets en nuestros aeropuertos.

Tengo la convicción de que si la humanidad se desarrollara según los principios democráticos, sobre la base de la acción protagonista de pequeños grupos que, con su esfuerzo y vocación, fueran construyendo día a día un mundo más pleno de humanidad y solidaridad, se lograría restablecer ese equilibrio entre el hombre y su medio, que es el gran atributo de la obra creada por Dios.

Los chilenos estamos en condiciones privilegiadas para una empresa como la sugerida. Contamos con inmensas riquezas potenciales en el campo, en la montaña y en la costa, que esperan pacientes ser conquistadas por nosotros.

Los arquitectos debiéramos crear imágenes de cómo sería el ordenamiento urbano, el equipamiento necesario, las vinculaciones entre unos y otros pueblos, para mostrar y demostrar que el hombre es capaz de conquistar un lugar de vida en donde, con su trabajo, hace germinar la tierra y se liga a ella.

Chile es tan vasto y está tan desocupado. Contiene en su paisaje, en la calidad de su tierra y en sus entrañas, un enorme capital inmovilizado~~x~~ que sólo espera que con creatividad, imaginación y esperanza lo hagamos nuestro para construir juntos, en esta tierra pródiga, la ciudad de los hombres.

